

La educación de la clase alta argentina. Entre la herencia y el mérito, de Victoria Gessaghi.⁹⁶

Jonathan Aguirre⁹⁷

En el presente libro la antropóloga social Victoria Gessaghi pretende explorar y deconstruir a la clase alta como categoría de análisis. Su objeto de investigación es definido sobre la premisa del diagnóstico que comparte con Guillermina Tiramonti sobre la desigualdad y fragmentación educativa hacia finales de los años 90. Es a partir de allí que comienza sus investigaciones para poder comprender no solo el comportamiento de la clase alta argentina, sino los sentidos y representaciones que le atribuye dicho sector a la educación de sus hijos.

Al documentar las representaciones y prácticas heterogéneas a partir de las cuales los sujetos negocian las fronteras de esa clase social, el propósito de la obra ya no es determinar si quienes se reconocen y son reconocidos como parte integrante efectivamente de la clase alta lo son o no. Lo que vuelve más estimulante el análisis es atender a los modos en que los entrevistados disputan la legitimidad de esa pertenencia y desde qué posiciones lo hacen.

Por tanto, uno de los objetivos que persigue la autora es, justamente, analizar la producción social de la clase alta en una configuración que integra múltiples discursos, complejos sentidos y prácticas de sujetos concretos en una constante negociación. En definitiva, Gessaghi analiza “los modos en que este grupo se constituye en un entramado que integra la historia sociopolítica de nuestro país y su particular configuración institucional. Dicha trama otorga rasgos distintivos a los procesos de obtención de posiciones de privilegio” (p. 16).

Desde nuestra perspectiva, consideramos que lo más enriquecedor de esta obra es el enfoque antropológico y etnográfico que logra darle Gessaghi a su investigación. La autora, en las primeras páginas del libro, hace un extraordinario análisis de su concepción sobre el trabajo etnográfico y su extrema utilidad en la investigación social contemporánea: “Únicamente al mirar, escuchar, preguntar, formular hipótesis y cometer errores pude

hacerme la idea de cómo era el mundo que quería estudiar” (p. 18). Como se dijo antes, el libro es el resultado de un exhaustivo trabajo etnográfico que consiste en el análisis de las trayectorias de vida de setenta y tres adultos de entre 80 y 30 años pertenecientes a esos grupos familiares, observaciones en distintas situaciones de la vida cotidiana de los entrevistados, y de sus escuelas. Asimismo se recabó y analizó material documental integrado por datos estadísticos producidos por diferentes organismos, como así también auto-biografías, memorias familiares, guías sociales, guías genealógicas, libros de fotografía entre otros.

Otra de las características que se destaca de *La educación de la clase alta argentina. Entre la herencia y el mérito es su narración*. La investigación está narrada en primera persona y la autora pone de manifiesto no solo el entramado de teorías, categorías que surgen de las entrevistas o meros datos estadísticos o descriptivos, sino que narra sus emociones y sentimientos frente a las diversas situaciones en que se ve expuesta en el campo. Así, se rompe la barrera epistemológica en donde se concibe al investigador como alguien totalmente ajeno a su objeto de estudio. Por el contrario, en la obra se puede comprender lo que un investigador social va sintiendo en la medida que se vincula y se implica con el objeto que está estudiando. Al respecto sostiene la autora:

La confrontación entre lo diferente y mi subjetividad como investigadora (de clase media, mujer, etc.) fue mi primer instrumento principal de conocimiento. Por eso adopto una

mirada de transmisión y en primera persona. Creo que el terreno es una experiencia personal de aprendizaje y de intercambio donde la implicación personal es constitutiva del objeto. El yo investigador y su posición adquieren relevancia solo en tanto está encarnado en relaciones sociales (p. 20).

En este sentido el trabajo etnográfico se vuelve personal e irrepetible, y una experiencia afectiva y cognitiva. Claro está que esto no mella la pretensión científica, ya que la objetividad no está dada por las condiciones en el terreno, sino que es un logro tanto más sólido cuanto más haya podido el etnógrafo ser consciente de su propia subjetividad al redactar los registros y diarios de campo.

En lo que refiere a la organización interna del libro, podemos decir que se estructura en seis capítulos más un apartado final con las reflexiones de la investigación realizada. En el primero de ellos, titulado “El trabajo de formación de la clase alta” se hace referencia a la constitución y conformación interna de la clase alta argentina. Relatos de los entrevistados dan cuenta de que lo que realmente define a alguien como miembro constitutivo de la clase alta no es exclusivamente el dinero, sino el apellido de la familia a la cual pertenece. La familia es la garante de la unidad de los lazos que permiten la conservación de la empresa, las tierras o las actividades económicas desarrolladas por sus miembros. El “apellido” y la pertenencia a una “familia tradicional” son las marcas que confieren antigüedad y legitimidad a la fortuna familiar. Como sostienen los entrevistados, esto

“da espalda” (p. 40). En este capítulo la autora va narrando no solo la conformación interna de la clase que investiga sino que relata sus emociones y sentimientos a la hora de comenzar cada una de las entrevistas.

El segundo apartado hace referencia a los circuitos educativos de la clase alta. La escuela es uno de los espacios que producen, traducen e incluso transforman esa trama familiar densa que se expone en el primer capítulo y une a distintas generaciones en una íntima familiaridad que favorece la cohesión y su solidaridad interna, y de esa forma, colabora en la formación de este grupo social. Por tanto, Gessaghi explora el mundo escolar de la clase alta entendiendo que la escuela construye y configura también a dicha clase. Asimismo, la autora encuentra que la escuela se vuelve la posibilidad de tener una base académica que permite a los jóvenes emigrar a tener una experiencia educativa en el extranjero. Por último los relatos de los protagonistas arrojan una interesante conclusión: si bien en la Argentina no se estructuró un sistema de formación de las elites como en otros países, las clases altas conformaron un espacio de instituciones propias que les garantizó una socialización entre sus propios miembros.

En el tercer capítulo se aborda la cuestión de los sentidos de la educación para los miembros de la clase alta. Aquí la autora pone en juego con mayor énfasis su reflexividad etnográfica e intenta captar e interpretar los sentidos que la clase alta argentina le atribuye a la educación de sus jóvenes. A lo largo del apartado encontramos relatos que dan cuenta de diversos

y complejos sentidos, y descubrimos que para muchos integrantes de la clase estudiada la educación no implica necesariamente una condición extremadamente necesaria para continuar los negocios y la tradición familiar. Gessaghi concluye el capítulo sosteniendo una de las hipótesis de su investigación: “Asociar a los sectores más privilegiados con un mayor interés por la educación no deja de ser un prejuicio que omite articulaciones complejas que se establecen entre las posiciones sociales y las trayectorias de clase en una configuración histórica específica” (p. 124). Si bien la mayoría de los entrevistados alude a la educación como un componente mayúsculo en la formación de la clase, no todos le otorgan el valor que se presupone. En definitiva, en un sistema educativo que otorga formalmente las mismas credenciales educativas a todos, se vuelve necesario producir una separación entre distinción social y acceso a credenciales educativas. La distinción implica entonces acumular recursos que no todos pueden adquirir en el mundo de la escuela—de ahí la subestimación del espacio escolar.

El capítulo cuarto retoma, en parte, lo trabajado en el segundo apartado referido a los circuitos escolares pero lo hace enfatizando las apropiaciones y negociaciones que hace la clase alta dentro del sistema educativo. Las historias de vida que se reconstruyen en este capítulo documentan la trama de relaciones que tejen las tradiciones formativas de sectores tales como la educación religiosa y las políticas educativas de principios de siglo XX. Aquí la autora vuelve a confirmar su hipótesis al sostener que la articulación de estas tradiciones formativas con

otros espacios educativos dio lugar a la temprana configuración de experiencias educativas que mostraron características propias para estas familias. Además las narraciones que se exponen en el capítulo dan cuenta del por qué no existen en nuestro país élites que se puedan definir en función de credenciales educativas.

En el siguiente apartado, Victoria Gessaghi indaga sobre la reconfiguración de estas clases altas en los tiempos actuales del país, donde las nuevas generaciones deben legitimar su posición dentro de la misma clase y en donde el mérito juega un papel significativo. El capítulo se titula “La clase alta, entre la herencia y el mérito”, haciendo referencia a esta reconfiguración de la herencia recibida. En dicho apartado se aclara que la cuestión del mérito no está sujeta al acceso de títulos escolares; no se delega en la escuela el privilegio de la selección de la élite. Incluso si estos sectores van a la universidad y están altamente calificados, la destilación de la elite no se produce en el sistema educativo. Asistir a escuelas de “excelencia” y los mandatos de “ser los mejores” revelan la necesidad de articular motivaciones familiares dentro de una economía de mercado. En otras palabras, quien sea el sucesor de los destinos familiares debe conquistarlo por el mérito personal—de allí la meritocracia a la que alude la autora.

El último capítulo refiere a la educación moral de la clase alta argentina. En esta educación moral la Iglesia Católica se torna central. El pensamiento que surge de las entrevistas es que quien pertenece a una familia tradicional y de clase alta debe “devolver” a la sociedad, en

parte, lo que Dios les ha regalado. Por lo tanto la clase alta no hace alarde de sus posiciones materiales; es más, debe colaborar en caridad y servicio a la Iglesia. Asimismo, quien pertenece a este sector no ostenta ni se vanagloria de su posición social; debe pasar desapercibido, sabiendo que es “superior” y que es su deber mantenerse en el anonimato. Esto es lo que, según plantea la autora, distingue a la clase alta tradicional y a los nuevos ricos. Los últimos no tienen la formación moral que sí poseen las familiares tradicionales. Gessaghi concluye, a partir de los relatos de los entrevistados: “La clase alta argentina se distingue por ser moralmente superior en tanto es sencilla y no hace alarde de su riqueza” (p. 252).

El segmento final de *La educación de la clase alta argentina. Entre la herencia y el mérito* está destinado a las reflexiones últimas en las cuales la autora recupera las hipótesis trabajadas a lo largo de la investigación, brindándole al lector una visión mucho más acabada de ese complejo mundo de educación de la clase alta argentina. Así queda claro que el estudio de las historias de vida de este sector social ilumina el carácter procesual y relacional de las trayectorias de clase que no pueden ser definidas *a priori* en función de una posición estructural. El relato que trazan los entrevistados obliga a cuestionar la estabilidad del *hábitus* en el tiempo, su homogeneidad y unicidad, y por consiguiente a considerar el entramado relacional dinámico que incluye a la familia y la escuela, pero también a otros sujetos sociales enraizados en experiencias históricas que los moldean y constituyen.

En suma, Victoria Gessaghi, con una gran mirada etnográfica, ha logrado acceder a la intimidad de una clase muy celosa de sus secretos y revelar, en parte, aspiraciones, vivencias y resentimientos en la lucha por perpetuar sus privilegios. Las refinadas hipótesis analíticas que propone acerca de sus mecanismos de afirmación y exclusión echan nueva luz sobre el vínculo entre educación, democracia y desigualdades.

Para quienes estén en la etapa de trabajo de campo de sus investigaciones, la lectura de este libro se torna indispensable si se pretende comprender de manera más acabada lo que implica para el investigador salir al campo a construir conocimiento junto a su objeto de estudio: “La experiencia de campo y el trabajo analítico deben cambiar la conciencia del investigador y modificar su manera de mirar los procesos sociales. Por eso decimos que el antropólogo hace campo y es hecho por el campo. No se sale indemne del terreno, el terreno siempre transforma” (p. 256).

Notas

(Endnotes)

⁹⁶ Gessaghi, V (2016). *La educación de la clase alta argentina. Entre la herencia y el mérito*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno

⁹⁷ Profesor en Historia (UNMdP). Becario Interno Doctoral de CONICET. Especializando en Docencia Universitaria (UNMdP). Doctorando en Humanidades y Artes con mención en Ciencias de la Educación (UNR). Docente e investigador del Departamento de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades. UNMdP. Es miembro del Grupo de Investigaciones en Educación y Estudios Culturales (GIEEC) y del Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación (CIMED). E- mail: aguirrejonathanmdp@gmail.com